
AVISOS SALUDABLES

PARA LOS NIÑOS.

Niños muy amados en Jesucristo: no me tendría por imitador de mi divino Maestro, ni correspondería al celo que me anima, si no os dirigiese la palabra, manifestando el afecto que os tengo, dándoos saludables avisos. Quiero, pues, que sepais, que cuando Jesús iba por el mundo predicando, con su amor acariciaba á los niños, y reprendía á los que impedían se le acercasen, diciendo que de ellos era el reino de los cielos. Otro tanto os digo yo, niños amados, de vosotros es el reino de los cielos, si procurais conservaros cándidos é inocentes, á pesar de las sugestiones y medios de que se valdrá el demonio para haceros pecar.

Tres son los motivos que tiene el demonio para hacer pecar á los niños: primero, porque sabe que si los niños son cándidos é inocentes, son muy amados de Dios, y como amigos les concede gracias temporales, espirituales y eternas, cosa que el demonio no puede sufrir por ser tan envidioso; segundo, porque si desde pequeños los puede hacer pecar, los va habituando al mal por toda la vida, y tercero, porque siendo los niños mas débiles é inexpertos, mas fácilmente los

gana, haciéndoles miserablemente caer en el lazo. Por tanto acordándome de que habiendo llegado vosotros al perfecto uso de la razón, seréis el blanco de los ataques del demonio, que os perseguirá de muerte para causar vuestra eterna perdición, ya por medio de malos ejemplos, ya por medio de tentaciones, y sobre todo por medio de malas é infames compañías, he pensado, en fuerza del amor que os profeso y en cumplimiento de mi sagrado ministerio, dirigiros el presente escrito documentado con algunos verdaderamente sábios consejos, entresacados y escogidos especialmente de aquellos que para la niñez escribió san Agustín, los cuales, durante el tiempo de vuestra juventud, puedan servir de luz que os guie, conduzca y enseñe el lugar que habéis de pisar, para no tropezar y caer en los muchísimos precipicios de pecados en que infelizmente y á menudo caen la mayor parte de los de vuestra edad.

¡Ay queridos! no podeis figuraros cuánto os amo: y por consiguiente habéis de aceptar estos avisos con el debido aprecio, pues van únicamente dirigidos á vuestro bien. Por lo que á mí toca, quisiera, si me fuese posible, escribirlos con caracteres indestructibles, y grabarlos en lo mas íntimo de vuestro corazón, para que jamás ni un solo instante los olvidárais: ¡tanta y tan grande es la importancia que ellos encierran y la que en ellos considero! Cuando seais ya mas entrados en edad, fácilmente comprenderéis el motivo... Si, amiguitos míos, porque si supiérais la muchedumbre de jóvenes que se extravían del verdadero camino y que infelizmente se pierden

en vuestra edad por su olvido, y aun mas por su ignorancia, os aseguro que apreciaríais este escrito mas que el oro y las piedras preciosas. Y á la verdad, ¿qué son todas ellas y todos los tesoros del mundo unidos en su comparacion? Por las profundas y sólidas máximas que contiene, todas aquellas y todo el mundo es mucho menos que nada. Si, mucho menos; porque ¿qué os aprovecharia el mundo todo si os perdiérais? Habéis, pues, de saber, que con todas las riquezas del mundo y de mil mundos que hubiera, y las juntárais, infaliblemente os perderíais, si despreciando estas máximas, no cuidáseis de ponerlas en práctica y ejecucion.

Por eso el demonio, astuto cazador de las almas, se vale de mil medios para que esas máximas las ignoren y olviden, con el fin de hacerles caer de este modo en el pecado, en especial á las tiernas é inexpertas de los niños. Él se vale hasta de las cosas en sí las mas santas é inocentes; hasta echa mano de la ocasion de formar altares y capillas, de los ratos de estudio y de aquellas sencillas diversiones que para recreo conceden los maestros á sus discípulos. Como acecha todas las ocasiones para mirar de qué modo podrá hacerles caer y perderles, nada deja por mover, para conseguir sus depravados intentos. Aquí les incita por medio de malos ejemplos á proferir palabras menos decentes; allí á contar cuentos poco honestos; allá se vale de bribonerías, de palabras equívocas ó de dos sentidos y de canciones deshonestas; en otra parte de pinturas ó láminas provocativas, de la lectura de novelas y de otros libros prohibidos. Unas veces les tienta con frutas,

como á Eva, acostumbrándolos al robo aunque de cosas frívolas y de poco valor, y otras les ciega con cartas ó bien con otros juegos dañosos y reprobados. Aquí se mofan del prójimo, allí le enfadan, y de todos modos le ocasionan inquietudes y pendencies, que frecuentemente es muy difícil el apagarlas y retornar luego la perdida y turbada quietud en el vecindario.

Y ¿qué os diré de las perniciosas amistades y correspondencias, y de otros muchos enredos, faltas con que, segun la frase del libro de Job, llena hasta los huesos de los jóvenes en los mas tiernos y primeros años de su edad? El saber los muchos y muchísimos pecados que se cometen entre los inexpertos jóvenes, me impele y me obliga á escribiros de este modo. ¡Oh! ¡qué lástima da y causa ver á unos jovencitos, que apenas han llegado al uso de la razon, cuando cometen ya muchos pecados! Niños hay que en su mas tierna edad son ya el desconsuelo de los pobres confesores, por no saber cómo tratarlos en el tribunal de la Penitencia. Porque para borrarse con la confesion los pecados cometidos, es preciso se aborrezcan por un motivo sobrenatural, cosa que es muy difícil hacer comprender á pobres y viciadas criaturas, y hé aquí el trabajo, los apuros de los confesores. Ya no admiro el que dijera un Santo (creo era san Vicente Ferrer) á un tierno jóven que estaria plagado de un mal vicio: *Dios te libre de morir en la juventud*. He oido confesor que decia, que si alguna vez habia desconfiado de la salvacion de alguno, habia sido de los jóvenes, que, antes de recibir la primera sagrada

Comunion, eran ya tan perversos y corrompidos como el que mas.

Para preveniros, pues, amados hijos, y para que no os precipiteis en el abismo del pecado, y no caigais en la desgracia de estos y otros muchos, procurad tener siempre presentes y poner en práctica las siguientes máximas, que mas de mil años atrás enseñaba ya el Padre san Agustin para cautela y custodia de los pobrecitos niños.

PRIMERA MÁXIMA.

La primera de todas es: *Amar á Dios sobre todas las cosas*. Esta es, mis apreciables niños, la máxima de todas las máximas, y el mayor y primero de los preceptos ó mandamientos de la ley de Dios. Así lo contestó Cristo Señor nuestro preguntado por un doctor de la ley, segun refiere el evangelista san Mateo. (*Matth. xxii, 35*). Debeis, pues, amar á Dios con toda vuestra alma, con todo vuestro entendimiento y con todas vuestras fuerzas, ya porque él mismo lo manda, ya tambien porque si cumplis con esto, cumpliréis con toda la ley, que se reduce á los dos solos preceptos del amor de Dios sobre todas las cosas y del amor del prójimo por amor de Dios: pues que sin amar á este á quien veis, malamente diriais que amais á Dios á quien no veis, segun doctrina del evangelista san Juan. (*I Joan. iv, 20*).

Quiero advertiais una cosa, y es, si sabeis qué quiere decir *amar á Dios con todo el entendimiento*. La estimacion y el amor son actos de la voluntad, ¿qué querrá, pues, decir, *amarle con todo el entendimiento*?... ¿Sabeis qué? Que siendo Dios un bien amable y por consiguiente un bien suma-

mente precioso, sin que entendimiento alguno, ni de hombre ni de Angel, sea ni pueda ser capaz de conocer cosa mas apreciable, porque él es el sumo bien y el único de quien reciben la bondad todas las cosas que existen en el cielo y en la tierra, debe el entendimiento que le conoce, proponerle con todo esfuerzo á la voluntad como á infinitamente amable, y así tenerle en mayor estima que á todas las cosas del mundo unidas. Hé aquí la causa por que el bienaventurado san Ligorio clamaba con tanta fuerza cuando decia: *Que se pierda todo antes que perder á Dios, y que sea disgustado cualquiera, antes que lo sea Dios.*

Debeis tambien amarle *mas que á todas las cosas*; porque todas ellas Dios os las ha dado para cumplir con este amor: de manera, que todas las cosas criadas, á su modo, aunque sea sin hablar palabra, os están diciendo, lo mismo que á mí y á todos: *Aceptadnos como un don, como un regalo que de nosotros Dios os hace; dadle, pues, gracias por este singular favor, y ¡ay de vosotros, si no lo practicais!* Siendo esto así, ya podeis fácilmente comprender, que estimar en mas á las criaturas que á Dios, seria una muy monstruosa perversidad. Bien claro lo veréis en esta comparacioncita sacada de vosotros mismos. Decidme, ¿no apreciáis mucho á vuestros padres? Cómo si los apreciamos, y en extremo, me contestaréis. Si os vuelvo á preguntar: ¿y por qué motivo? Porque son nuestros padres, volveréis á contestarme. Decís verdad, os replicaré yo; pero mirad, el amor de los hijos para con sus padres, además de provenir ó dimanar de la naturaleza misma, sobre la

que Dios Señor nuestro ha sellado su amor, nace en gran parte de los beneficios y favores que los hijos han recibido de sus padres. Como que de ellos inmediatamente han recibido el ser que tienen, motivo por el cual les enseña el Espíritu Santo (*Eccli. vii, 30*) diciéndoles: *Acordaos que si no fuera por vuestros padres no estariáis en el mundo, y agradecidos retornadles sus beneficios*, y como á mas de ese han recibido tantos otros particulares, aunque menos principales, como son los alimentos y el vestido, la educacion y todo cuanto han podido proporcionarles, por eso el amor de los hijos para con sus padres es muy cordial y afectuoso, al paso que no es menos vivo y acendrado el de estos para con aquellos, de modo que no pueden menos de apreciar los padres á sus hijos, aunque sean malos; como sucedió al padre del hijo pródigo, quien á pesar de los muchos disgustos que le habia ocasionado, se enterneció al verle en un estado tan infeliz, le besó, vistióle de nuevo, celebrando un gran convite con el motivo de su conversion y llegada. (*Luc. xv, 20*).

Ahora, pues, si tanto apreciáis á vuestros padres por los muchos y buenos servicios que os han prestado, sin pararos en ellos precisamente, sino atendiendo únicamente á la buena voluntad con que os los dispensaron, ó con que os aprecian, ¿cuánto no habréis de amar á vuestro Dios y Señor que os los ha dado, para que por su medio recibiríais los grandes é incalculables beneficios de que os ha colmado y con los que ha querido conoceríais su voluntad aun infinitamente mejor? ¡Ah hijitos míos! si á menudo y atentamente re-

flexionárais estas cosas, os aseguro que jamás le seríais ingratos á Dios; como aquellos que viviendo cual bestias, que cuando comen jamás levantan la vista de la tierra, y no miran siquiera á quien les da de comer para demostrar su debida gratitud; antes bien seríais perfectamente agradecidos y amantes, como lo han sido tantos Santos y Santas hasta de vuestra juvenil edad, quienes por sola su bondad le apreciaron y amaron con todas las fuerzas de su corazon y de su alma, prefiriendo mucho mas el perderlo todo, hasta su propia vida, que ofenderle con un solo pecado mortal. A este fin acordaos de un san Justo y un san Pastor, naturales de la ciudad de Alcalá en nuestra España, los cuales no teniendo mas edad que la de siete años el primero y nueve el segundo, en prueba del amor con que amaban y preferian á Dios sobre todas las cosas, sufrieron gustosamente varios y terribles martirios, y por último la misma muerte. Estos sí que eran verdaderos amantes... ¡y en qué tierna edad! Tenedlos siempre presentes, como tambien el otro ejemplo de aquella santa jóven, de la que se lee en el dia 11 del mes de María que está en el *Camino del cielo*, que murió puramente del divino amor, cuando preguntada del niño Jesús, que se le habia aparecido en brazos de su divina Madre, si le amaba, y si le amaba mucho, le dijo: *Os amo mas que á mí misma, mas que á todas las cosas, mas de lo que puedo decir, y tanto que solo el corazon lo puede expresar*, quedando de este modo victima del divino amor, con el corazon dividido en dos partes, en las cuales estaban escritas en letras de oro dichas palabras.

SEGUNDA MÁXIMA.

La segunda es pensar, *que despues de Dios la cosa mas preciosa ó de mas valor que para nosotros existe en este mundo, es nuestra alma.* La verdad é importancia de esta máxima la conoceréis perfectamente, amados mios, si reflexionais un tanto sobre lo que es el alma, y sobre las cosas que Dios para ella ha obrado. Nuestra alma, despues de los Angeles, es la obra mas noble de la creacion y la reina y primera de todas ellas. Sí, y os persuadiréis de ello muy bien, si parais la atencion en que Dios Señor nuestro para criar los cielos y la tierra y cuanto en ellos hay, segun dice la sagrada Escritura (*Gen. 1*), no se valió de otra cosa sino de esta palabra *Hágase*. En la creacion empero del hombre todas las tres Personas de la santísima Trinidad se ocuparon de él diciendo: *Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra.* Formó Dios al hombre del polvo de la tierra, aspiró sobre su rostro su aliento ó *espíritu de vida*, y quedó vivo el hombre con alma racional. De lo que se deduce, que nuestra alma no es sacada de la materia, sino de lo interior del mismo Dios; á la manera que nuestro hábito procede del fondo de nuestras entrañas. Crióle, pues, á su imagen y semejanza. Esta imagen brilla con especialidad en ser un espíritu, que no puede verse ni tocarse, en ser igualmente adornada de tres potencias, como son, el entendimiento para conocer, la memoria para recordar lo pasado, y la voluntad para amar, y en haberla concedido un pleno dominio sobre las demás criaturas, dominio que hubiera sido absoluto y perfecto sobre todas ellas, y

como el distintivo de la dignidad del hombre, si obediente este á los mandatos de Dios hubiese perseverado en la inocencia en que le habia constituido.

Con eso podeis conocer, que no es de extrañar el que pasmado de tan grande nobleza el Padre san Bernardo, preguntase á la misma alma del hombre, y la dijera: *¿Qué cosa mayor podia darte tu Criador, que formarte á su imágen? Considera, pues, atentamente la excelencia de tu primera condicion, y reconoce en ti la imágen de la santísima Trinidad. (Serm. 67 de inter. dom. apud Lhoner). No te asombre, pues, la elevacion de los astros ni la profundidad del mar, exclamaba el Padre san Isidoro, arzobispo de Sevilla, entra en lo interior de ti misma, y admira, si puedes, lo que eres, y lo que hay en tí. (Lib. I de sum. bon.).*

Si á esto añadís que para custodia de cada una de nuestras almas ha destinado Dios un Angel de su gloria, con el fin de guardarnos en los pasos de nuestra frágil vida, ¿no tendremos que exclamar, que verdaderamente es muy grande su nobleza, dignándose honrarla Dios con la compañía y custodia de uno de los príncipes de la eternidad? Parece-me que está fuera de toda duda.

Empero con mayor motivo todavía nos veremos obligados á decirlo, si consideramos que Jesucristo, Hijo de Dios vivo, derramó su preciosísima sangre para redimir á nuestra nobilísima alma, y renovar su imágen afeada por el demonio con el pecado que hizo cometer á nuestros primeros padres. A este fin preguntaba el Padre san Juan Crisóstomo: *¿Pretendes saber el valor*

*de tu alma? Reflexiona, decia, que queriendo el unigénito Hijo del eterno Padre rescatarla de la esclavitud del demonio y del pecado, no dió por precio de ella ni el hombre, ni la tierra, ni el mar, ni el mundo todo, sino toda su preciosísima sangre. (Homil. in Psalm. XLVIII). Por este mismo motivo exclamaba el apóstol san Pablo, que habiamos sido comprados á muy grande precio: *Empti estis pretio magno. (I ad Corinth. VI, 20)*. Veis por consiguiente, caros hijos, qué aprecio debeis hacer de ella, y qué cuidado habeis de poner en guardarla de todo aquello que podria hacéroslo perder. Siendo una imágen tan noble de Dios, y de él tan apreciada, cuidad sobre todo de no profanarla: atended, mirad no os suceda lo que acaeció á los habitantes de la ciudad de Tesalónica, que habiendo profanado una imágen ó estatua del emperador Teodosio, irritado por semejante desacato, mandó á sus soldados que los pasasen á cuchillo. Así pues, para librarnos de tan grande desgracia, hijos míos, os repetiré una y mil veces aquella sentencia del Espiritu Santo: *Hijo, procura salvar tu alma y honrarla cual se merece: Fili, serva animam tuam, et da illi honorem secundum meritum suum. (Eccli. x, 31)*. Por consiguiente, si alguna vez se presenta alguno para obligaros á hacer cosa que sea contraria á la ley de Dios, que conozeais no puede hacerse sin ofenderle, decir lo que refiere san Ligorio dijo el papa Benedicto XII al embajador de un príncipe que le pedia una cosa que en conciencia no podia hacer: *Decid á vuestro amo, que si yo tuviera dos almas, podria perder una por él, y quedarme la otra para mí; pero que no te-**

niendo mas que una (la que no puedo ni quiero perder), no puedo acceder á lo que pide. (Prep. para la muerte, cons. 12).

TERCERA MÁXIMA.

La tercera es: *Amar de todo corazon á la santísima Virgen María, como á Madre de Dios, y encomendarse á ella todos los dias, haciéndola algun obsequio.* Sí, queridos, debeis amar con todo el corazon á María, porque ella es amable por muchos motivos. Debeis amarla, porque es la criatura mas amable que existe y puede existir. Ella es toda bondad y toda entrañas de misericordia, toda amabilidad y toda hermosura, mas no una hermosura caduca y terrena que encienda las pasiones, y que hoy brilla y mañana no: sino una hermosura toda del cielo, mas que angelical, toda divina. Es una hermosura que reúne todas las bellezas del cielo y de la tierra; una beldad que reúne la belleza del alma, la belleza de todas las virtudes, y la belleza de todos los dones. Por eso el divino Espíritu la apellida toda hermosa é inmaculada. Es hermosa y bella, dice el devoto autor del *Anuario de María*, con todas las bellezas de la naturaleza, con todas las de la gracia y con todas las de la gloria.

Debeis tambien amarla, porque es vuestra Madre, que mucho os aprecia; vuestra Reina y Señora, á la que aprecian todos los Santos y los Angeles; vuestra abogada que ruega por vosotros, y por el gusto que en ello daréis á Dios, que tanto empeño tiene en que sea amada y reverenciada, por ser su amada Hija, su querida Madre y su divina Esposa, sobre la que derramó

la plenitud de su divino amor. ¡Qué motivos tan poderosos son estos, especialmente los últimos, para obligaros á amar de todo corazon á María! ¡Ah, queridos hijos, si yo fuese tan feliz que lograse inspiraros la devoción y el amor que debeis á María, como con victoriosa elocuencia y suavidad irresistible la inspiraban un san Ildefonso arzobispo de Toledo, un san Anselmo arzobispo de Cantorbery, un san Bernardo abad de Clara-val, un san Buenaventura cardenal, un san Ligorio obispo, un... ¡oh! cuántas cosas mas os diría, para que la amáseis mucho, y la fuéseis muy devotos! Mirad, hijos, os diría, mirad que despues de Dios es María santísima la obra mas perfecta y mas buena que hay en el mundo. ¿No amamos las cosas de este mundo por la bondad que Dios las ha dado? pues ¿cuánto mas habrémos de amar á María, siendo la cosa mas perfecta y mas buena de todas las que ha criado?

Y no solo excede en bondad á todo lo criado, sino que excede tambien á todo lo que puede haber entre las puras criaturas; de modo que criando Dios á María, hizo el mayor esfuerzo de su divina omnipotencia, dice el venerable Séñeri. Bien pudiera haber criado Dios, y pudiera ahora, si quisiese, criar un cielo mas rico y tachonado de estrellas, pudiera criar un océano mas dilatado y anchuroso, una tierra mas vistosa y hermoseedada de plantas y de flores, mas rica y mas cargada de frutas, de metales y de piedras preciosas, pero no una madre mas excelente que María. De lo que se deduce que el título augustísimo de Madre de Dios en María es un mar inmenso de perfecciones, y de perfecciones tan elevadas, que solo el

mismo Dios puede conocerlas y apreciarlas, como dice san Bernardino de Sena. Ved, pues, si debéis de todo corazón amar á María, y si es justo que á ella os encomendeis todos los días, y en ellos la tributeis algun obsequio.

Mirad, hijos míos, cuantos Santos y Santas hay en el cielo fueron en extremo devotos de María; todos se esmeraron en rendirla obsequiosas demostraciones de amor. Y á fin de que os convenzais de esta verdad, no os hablaré ni de un san Juan Evangelista, el cual, despues de habérsela encomendado Jesucristo desde la cruz, la honró y sirvió con mas afecto y ternura que si fuese su madre propia y natural; ni de un san Dionisio discípulo del apóstol san Pablo, que despues de haberla visto; á no haber estado alumbrado de la fe, la hubiera adorado como á deidad; ni de un san Ildefonso arzobispo de Toledo, quien recibió de su mano la preciosa dádiva de una casulla que le trajo del cielo, ni de un san Juan Damasceno, á quien habiéndosele cortado de orden de un emperador hereje la mano derecha con la cual habia escrito la defensa de las glorias y del honor de esa soberana Virgen, le fue restituida por intercesion de esta Señora; ni de un san Bernardo, á quien ella tanto acarició; ni de un san Simon Stock carmelita, que recibió de su propia mano el santo escapulario, como señal y prenda de salvacion; ni de un santo Domingo, á quien ella encomendó la predicacion del santísimo Rosario, como remedio de todos los males; ni de un san Pedro Nolasco, á quien se le apareció la misma Virgen para encargarle la redencion de los cautivos cristianos; ni de un san Ca-

etano y un san Félix de Cantalicio, los cuales recibieron al buen Jesús de los brazos de su divina Madre; ni de los jóvenes san Luis Gonzaga y san Estanislao, de los cuales el primero hallándose en Madrid, recibió de una imagen de María el consejo de que entrase en la Compañía de Jesús, y el segundo tuvo la dicha de que en la hora de su muerte descendiese del cielo la misma Virgen para recibir su alma; ni de un san José de Calasanz, que la vió que juntamente con su divino Hijo le bendecia los niños de su escuela; ni de un san Ramon Nonat, á quien envió á Barcelona, para que tomase el hábito de la Merced; ni de un santo Tomás, quien desde muy niño... ni de... seria nunca acabar: tan solamente os diré que leais las *Glorias de María* escritas por san Ligorio (á quien se apareció tambien ella misma en ocasion que estaba predicando), ó la piadosísima obra titulada *Anuario de María*, en la que hallaréis mas de setenta ejemplos, oraciones y prácticas de devocion, con las cuales en todos tiempos se le han encomendado, y con ellas la han honrado los Santos y Santas mas favorecidos de Dios. No obstante, quiero referiros uno antes de concluir, el cual por ser de dos niños muy devotos de María, me parece os será de grande edificacion.

Se lee en la historia del beato Bernardo Morlás religioso dominico, que siendo sacristan del convento de Santarem, en el reino de Portugal, se dedicaba á enseñar á dos niños, quienes vestian por devocion el santo hábito del gran Padre santo Domingo, y sobre todo á inculcarles el santo temor de Dios, y que fuesen verdaderos devotos de

Jesús y de María. Sucedia á menudo, que almorzando ellos ante una imágen de María, que llevaba en brazos al buen Jesús, le convidaban con el almuerzo, y la Virgen santísima le bajaba de sus brazos, á fin de que gustase del almuerzo de aquellos cándidos niños. Refirieron ellos el caso á su maestro el beato Bernardo, quien les instruyó á fin de que pidiesen al divino Infante y á su santísima Madre, que los convidase tambien á ellos y á su maestro en la casa de su Padre celestial. Asi lo cumplieron; y respondió el buen Jesús quedaban convidados para de allí á tres dias, época en que se celebraba su gloriosa Ascension al cielo, que en el año 1277 en que esto sucedió, ocurrió en 9 de mayo; y hé aquí que en aquel dia dispuestos los tres para celebrar la solemnidad despues de oida la santa misa y recibida la sagrada Comunión, al dar gracias á Dios, los tres murieron santamente, y pasaron á disfrutar eternamente del convite de la gloria. (*Diar. dom. die 7 maii*).

¿No veis, amados hijos, cómo corresponden Jesús y María? Por Dios amad mucho á María, mirad que es la mejor de las madres; y así como una buena madre no puede ver perecer á su hijo, tampoco lo permitirá María, si nosotros la invocamos de corazon; encomendaos, pues, á ella, hacedle todos los dias algun obsequio, y os aseguro que por su intercesion alcanzaréis el amor de Dios en vida, y despues de la muerte seréis todavía mejor premiados en el cielo. A este fin cada dia rezad con devocion el ejercicio del cristiano de mañana y noche, que encontraréis al fin de este tomo: en él hallaréis aquella sencilla ora-

cion á María santísima, que empieza: *Ó Virgen y Madre de Dios*, etc.; la que os encargo la receis con fervor junto con las tres *Ave Marias*, en reverencia de su pureza, y aunque la repitais entre dia, os aseguro que no os pesará. Procuraréis tambien honrarla todos los dias con el rezo del santo Rosario, vistiéndo el escapulario de alguna de sus cofradías, sin omitir jamas, al dar las horas, el saludarla con el *Ave María*. Ante todas cosas debeis procurar imitar sus virtudes, su pureza, su humildad, la caridad con el prójimo, y todavia mas el amor á Dios, procurando fomentarle con la frecuencia de los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristia, especialmente en los dias dedicados á ella y en sus mayores solemnidades.

Otros muchos obsequios podriais prestarla, que hallaréis en diferentes libros devotos; no obstante quiero advertiros que en cuanto á la eleccion de obsequios, debeis tener presente aquella máxima de la gloriosa santa Teresa, que decia: *De devociones á bobas nos libre Dios* (*Vida de santa Teresa*, c. 13, núm. 12), quiere decir, que debeis evitar el cargaros demasiado de ellas, y aun mucho mas el quererlas practicar todas como hacen algunos, que apenas llega á su noticia algun nuevo método de obsequiar á la Virgen santísima, al instante quisieran practicarlos todos; eso no, queridos, porque entonces no practicaríais ninguno. Debeis ser discretos en su eleccion, y si quereis acertar, creedme, aconsejaos con el confesor, y despues que hubiereis escogido y convenido lo que debeis practicar, sed fieles en seguirlo con perseverancia, y podeis estar cier-

tos, que mas agradaréis á María, haciéndola algun obsequio bien hecho y con constancia, aunque sea pequeño, que si hiciéreis muchos con flojedad y pereza, ora practicándolos, ora dejándolos. Se lee en el dia 2 del Mes de María, continuado en el *Camino del cielo*, que una religiosa rezaba todos los dias tres rosarios por entero, pero con alguna tibieza é indevoción, y por esto la Virgen santísima la reprendió diciéndola: *Prefero que me reces solo una tercera parte, pero con mas atencion.*

CUARTA MÁXIMA.

La cuarta es: *No cometer jamás ningun pecado mortal; mas si por desgracia se cae en él, no sufrirlo en la conciencia, sino arrepentirse bien, y pedir á Dios perdon todos los dias.* En efecto, amados hijos en Jesucristo, debeis huir del pecado mortal, dice el Espíritu Santo, como de la vista de una serpiente (*Eccli. xxi, 2, 3, 4*); porque si os acercáis á ella, os morderá; mirad que sus dientes son como de leon, que matan el alma, y todo él es como una espada de dos filos, cuyas heridas son humanamente incurables, dice el mismo Espíritu Santo. Para eso debeis íntimamente persuadiros que solo el pecado es el único mal espantoso, y que debeis temer y honrar á Dios, porque despues de haberle cometido, podria castigaros con el infierno. De esto deduciréis fácilmente que debeis preferir mil veces la muerte antes que cometer á sabiendas ó con advertencia un solo pecado mortal.

¡Ay hijos míos, si conociérais bien lo que es un solo pecado mortal y sus consecuencias!...

Mirad que no hay mónstruo alguno que con él pueda compararse... Figuraos lo mas horroroso del mundo que podais imaginaros; y siempre quedaréis muy atrás en comprenderle. Reunid todos los males que ha habido hasta ahora en toda la tierra desde el principio del mundo; todas las pestes, todas las guerras, todas las carestías, todas las tempestades, todas las enfermedades y tantas otras tribulaciones que han afligido al género humano, y hallaréis ser todo esto mucho menos que un grano de arena comparado con la gravedad horrenda de un solo pecado mortal. ¿Cómo puede ser esto? me diréis. ¿Cómo? la razon es muy sencilla: porque siendo el pecado mortal un agravio al mismo Dios infinito, tiene una malicia infinita, y de consiguiente en la línea del mal una magnitud mayor que todos los demás males dichos, los que por mas que se aumentasen muchos millares de veces, serian siempre males finitos, y por lo mismo como si no existiesen, en comparacion de la gravedad del pecado mortal. ¿Cómo, pues, se cometen tantos? me preguntaréis: Se cometen tantos, os responderé, porque no consideran los hombres lo que hacen, y muchos no quieren considerarlo, para poder pecar con mas desenfreno: resultando de aquí que beben la iniquidad como el agua, y despues preguntan todavía con descaro: ¿qué es lo que he hecho?

Huid, pues, hijos queridos en Jesucristo, lejos de él por lo que acabais de leer, y por el peligro á que os expondríais. Mirad no os suceda lo que sucedió á un desgraciado jovencito, que antes habia conservado el candor y la inocencia, del